

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

Nueva Revista de Filología Hispánica  
ISSN: 0185-0121  
[nrfh@colmex.mx](mailto:nrfh@colmex.mx)  
El Colegio de México, A.C.  
México

Ugalde Quintana, Sergio  
Antonio Cajero Vázquez, Gilberto Owen en "Estampa". Textos olvidados y otros  
testimonios. El Colegio de San Luis, San Luis Potosí, 2011; 106 pp.  
Nueva Revista de Filología Hispánica, vol. LXI, núm. 1, 2013, pp. 299-303  
El Colegio de México, A.C.  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60246659022>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

“me estoy despidiendo de todos los grupos y bandos, desligándome de toda oferta de colaboración” (p. 225). Al parecer, las intromisiones de Evar Méndez en los *Cuadernos del Plata*, las deslealtades de un supuesto amigo de Reyes, Samuel Glusberg, los radicalismos de los grupos en boga y la manía argentina de tomar un anuncio como un hecho fundieron el tan encendido espíritu alfonsino.

Así, García ofrece el relato de los avatares de los paradigmáticos *Cuadernos del Plata* en la literatura argentina y la polémica sobre *Libra*, al tiempo que restituye la *verdadera* imagen de Buenos Aires en la vida, y pasión, de Alfonso Reyes. Y siempre la generosa abundancia de testimonios: cartas de Evar Méndez, de Bioy Casares, de Guillermo de Torre, de Villarreal, y de Reyes para todos ellos; noticias sobre Reyes y sobre sus empresas literarias en la prensa porteña; escritos de Reyes sobre Borges –artículos, dedicatorias– y viceversa, aparte de las cartas que sirven de pretexto para el gran mural que representa *Discreta efusión*. Por si no fuera bastante, García inserta con perspicacia algunas notas y artículos publicados previamente, verbigracia los dedicados a la relación Reyes-Macedonio o Reyes-editorial Proa; a la publicación de *Cuaderno San Martín*; a la correspondencia Borges-Macedonio y otros más que en la bibliografía tienen la marca aclaratoria de “contenido recogido en este libro” o “contenido recogido, con variantes, en este libro”.

Aun cuando apenas he esbozado un burdo y descabalado recuento de este libro, considero que Carlos García merece un sincero agradecimiento por su incansable labor: *Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (1919-1928)*, *Macedonio Fernández-Jorge Luis Borges. Correspondencia (1922-1939)*, *Correspondencia Alfonso Reyes/Vicente Huidobro (1914-1928)*, *Las letras y la amistad. Correspondencia Alfonso Reyes/Guillermo de Torre, 1920-1958*, entre otras obras que ha publicado y otras más que tiene en preparación, lo ubican como un desinteresado, pero acucioso editor que indudablemente ha contribuido con sus rescates y precisiones a ver con nuevos ojos a los autores que ha editado.

ANTONIO CAJERO  
El Colegio de San Luis

ANTONIO CAJERO VÁZQUEZ, *Gilberto Owen en “Estampa”. Textos olvidados y otros testimonios*. El Colegio de San Luis, San Luis Potosí, 2011; 106 pp.

En los primeros párrafos de sus *Vidas imaginarias*, Marcel Schwob, en una deliciosa apología del arte biográfico, asegura que la ciencia histórica se ocupa de las acciones humanas en general, mientras que la biografía, por el contrario, acomete el mundo minúsculo de las par-

ticularidades. El historiador, asegura Schwob, explica el desarrollo de los grandes hombres; el biógrafo, sus manías. El primero se detiene en las regularidades; el otro, en lo anómalo. La lectura del libro: *Gilberto Owen en "Estampa". Textos olvidados y otros testimonios*, de Antonio Cajero Vázquez, me recordó aquella delicada caracterización del escritor francés. Y no es que se trate en este caso de una biografía del poeta de El Rosario, Sinaloa, aunque bien puede ser el inicio para emprender un texto de ese tipo, sino de un proyecto quizás más modesto y por eso más sugerente: se trata de una amorosa recopilación y explicación de documentos que nos devuelven la imagen de una de las facetas poco conocidas del autor de *Perseo vencido*. Hasta ahora nada se sabía de las labores que Gilberto Owen había realizado en Colombia entre 1938 y 1942. Cajero nos revela que durante 174 semanas el poeta fungió como de jefe de redacción de la revista bogotana *Estampa*. Con este trabajo, Antonio Cajero da continuidad a varias investigaciones en torno a la obra y la vida de uno de los miembros del grupo de los Contemporáneos. Sus labores ya han tenido felices resultados editoriales: en 2009 publicó, junto con Celene García, el libro *Gilberto Owen en "El Tiempo" de Bogotá, prosas recuperadas (1933-1935)*, Porrúa, México; un año después dio a conocer una edición crítica del poema *Perseo vencido* (Colsan, San Luis Potosí, 2010). En esta ocasión, El Colegio de San Luis publica esta serie de textos acompañados con un estudio muy bien documentado y una pormenorizada anotación.

El libro de Cajero se divide en tres secciones: en la primera se encuentran los textos de Owen que, ya sea con firma o atribuibles, aparecieron publicados en la revista *Estampa* entre 1938 y 1942; en la segunda, se dan a conocer algunos documentos no recuperados en las obras completas del rosarino; y, finalmente, en la tercera sección se recopilan algunos testimonios poco conocidos en México sobre el autor de *Perseo vencido*. Cada uno de estos apartados es introducido por un estudio o una breve historia textual y contextual de los documentos. Para dar una idea de la tónica del libro, me gustaría detenerme brevemente en tres testimonios ahí recopilados. En cada uno de ellos se encuentra, me parece, una faceta del carácter de la obra y de la vida de Gilberto Owen. Comenzaré por una entrevista.

En la primera semana de julio de 1941 apareció publicada en la revista *Estampa* una entrevista al entonces embajador de Estados Unidos en Bogotá, Spruille Braden. El periodista encargado de hacer las preguntas y la nota fue el escritor mexicano. Hasta ahora, la imagen y la actividad política de Owen, desarrollada durante sus años sudamericanos, había sido poco resaltada. En ese período, como bien lo ha mostrado Cajero, la posición política de Owen se hizo muy explícita: escribió entusiastamente sobre Sandino en el periódico *El Tiempo*, experimentó un "sarampión marxista" –como lo denomina en una carta a Alfonso Reyes–, se vinculó con la Alianza Popular Revolucionaria

naria Americana (APRA), intercedió para salvar a Haya de la Torre de un juicio sumario, participó en la fundación del Partido Socialista Ecuatoriano junto con Benjamín Carrión, lo expulsaron como diplomático por involucrarse en política interna, y otras actividades propias del americanismo de izquierda que en esos momentos practicó. En la entrevista con Braden, sin embargo, no se nota de forma abierta ese ideal revolucionario. La posición que Owen adopta ante el entrevistado sorprende un poco y quizás deba entenderse, por lo tanto, desde una perspectiva estratégica. Era el año de 1941, los Estados Unidos estaban a punto de declararse en guerra contra los países del eje (lo hicieron el 7 de diciembre de ese año). La política internacional dirigida hacia América Latina debía conseguir y fomentar aliados. La entrevista nos entrega la imagen de un diplomático que intenta allegarse aliados en los países del continente. El llamado a un frente común contra la amenaza nazi-fascista se sobreponía a la crítica del imperialismo norteamericano que Owen había destacado en otros textos. El tono benévolos y hasta complaciente de la entrevista puede verse, entonces, como la escritura de una estrategia política.

En julio de 1939, dos años antes de la entrevista, aparecieron dos de textos sin firma que Cajero atribuye a Owen. Se trata de un par de ensayos sobre los agüeros. Los argumentos que Cajero esgrime para adjudicarlos al poeta son impecables. En ambos textos no sólo se remarca una de las obsesiones en la vida del poeta de *Simbad el varado*, sino que se hace de tal forma que al final puede leerse casi como una autoparodia: el presagista es un ser indefenso ante el mundo y el azar. Las señales lo acosan, lo acorralan, lo embisten. Ese presagioso vive insomne y aterrado; su vida es un emblema de algo diseñado por otra mano y otra fuerza:

Los supersticiosos componen una familia abundante. Son casi las dos terceras partes del planeta. Disgregados dentro de él, se encuentran siempre, y siempre coinciden con sus manías. Quien no los conozca de antemano, los cree alienados. Quien los conozca, les guardará las consideraciones del caso. Porque un supersticioso es como un niño de brazos... Cuando usted quiera que una visita que fastidie se vaya, ponga una escoba detrás de la puerta. La visita se irá. No le quepa duda. Si usted, señorita, quiere casarse, no permita que nadie vaya a poner en un florero del tocado o de la sala una hortensia siquiera... No se casará usted, aun cuando esté comprometida. Si quiere que le vaya bien el día de su matrimonio, lleve en su traje de novia algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul. Y si usted va en la corte de honor y recibe el bouquet, pues, se casará usted, y pronto... Tan claro como que la oreja derecha caliente es señal de que se habla mal de usted y la izquierda que se habla bien. Como que un fósforo que cae encendido es señal de que alguien la piensa... Como que un caballo blanco, un pasto y un cura, al mismo tiempo, es la buena suerte en persona.

Ahora bien, lo interesante, que descubrimos a partir de los comentarios de Cajero, es que la posición indefensa del agüerista está representada todo el tiempo en la propia escritura de Owen. La poesía y la prosa del rosarino abundan en referencias a presagios. Los domingos 4, nos enteramos por notas posteriores, eran sinónimo de nacimiento en su universo imaginario; los martes 13, de muerte. La obsesión oweniana de que moriría en un martes 13 (y aquí quizá sólo le faltaba decir como Vallejo: en un jueves con aguacero) se encuentra presente en varias de sus obras. En algunas de las prosas recuperadas del periódico *El Tiempo*, no firmadas por Owen pero atribuibles a él, el escritor jugaba a autorrepresentarse como un agüerista indemne: "Owen estrenó ocho vestidos y tres sombreros y un reloj de pulsera. Hay doce cuadras por las cuales no puede pasar. Es tan bruto que no pone a todos sus acreedores en la misma calle". Después de mostrar cómo funcionan uno a uno los agüeros en Owen, el lector asume, ante tanto referente lógico, que lo más natural y razonable es atribuirle este texto. Ese rosarino chusco, lleno de presagios, nos entrega en su escritura el retrato vital de un escritor consternado.

El último texto recopilado por Cajero que me gustaría comentar es una carta dirigida Benjamín Carrión prácticamente desconocida hasta el día de hoy para el lector de México. La misiva, que había sido recopilada en un libro ecuatoriano, devela otra de las facetas de Owen. Si en los anteriores ejemplos (en la entrevista y en el ensayo sobre los agüeros) tenemos en pleno una prosa periodística; aquí volvemos a la escritura, densa en alusiones y tensa por las posibles lecturas entre líneas, de la poética oweniana. En la carta se leen los tópicos y las obsesiones que persiguieron al artista. Las referencias ocultas, los guiños implícitos a figuras, lecturas y tópicos, la dislocación sintáctica; todas las características de esa carta nos restablecen una prosa que deslumbra por la oscuridad de sentido. Las notas de Cajero restituyen esa riqueza y le confieren un contexto y una explicación; una comprensión dentro del sistema de referencias de la poética oweniana:

Se nos repite demasiado fácilmente nuestro deber de ser inteligentes. Se nos encarcela en una nube, en una ciudad encerrada en una nube, en una nube en forma de ciudad. Se nos grita: Pensad. Venid Alfonso, Xavier, Jorge, Genaro, Jaime, Venid. Enseñadnos cómo. A ver, señor Descartes, traiga usted su chimenea. Nosotros pensamos con el tacto, y a nuestro tacto nada nuevo se ofrece, porque todos los senos tienen en una nube el mismo contorno alguna vez, y alguna vez ningún contorno. Y

Todas las frutas del mundo bailan en la orilla de enfrente

Y es inútil mudarnos de cuerpo

Nosotros pensamos con los ojos, y ahí está la niebla: nos roe todas las formas con sus encías de trapo, hace trampas con las distancias de nuestro sistema de coordenadas, ensucia y vuelve y revuelve en gris

todos los colores, en un gris sin austeridad, tramposo, feo. Y también pensamos nosotros siete veces con el olfato y con el oído y con el gusto, y qué mal gusto encerrarnos ahí señores sordos, y qué miseria haber fumado siempre tanto.

Entonces olvidamos nuestro nombre, declaramos todos los días martes y trece.

En este pasaje, que nos reta a su desciframiento, están representadas algunas de las obsesiones características de Owen; se encuentra, por ejemplo, el juego constante con los presagios, como bien lo anota Cajero: se alude al número siete, ya definido como malo para el amor en una reflexión numerológica; se mencionan los martes 13; y se juega, metonímicamente con la filosofía de Descartes, quien en algún momento, ante su chimenea, decidió comenzar a dudar de los sentidos y a establecer, como único principio de verdad, las evidencias de la razón. Owen juega todo el tiempo, poniendo de cabeza el argumento de Descartes, con la idea del pensamiento de los sentidos. Pensamos con el tacto y con los ojos. La brumosa serie de referencias hace de la prosa de Owen en esta carta un ejemplo clásico de su proyecto poético de leer siempre entre líneas.

Ahora bien, con cada uno de estos tres ejemplos que he mencionado, tenemos una faceta de la escritura y de la vida de Gilberto Owen. En la entrevista y el texto sobre los agüeros se manifiesta la prosa periodística de *Estampa*, en ella emerge la faceta política y una serie de obsesiones íntimas. Junto a esos textos se encuentra también la prosa de intensidades de la escritura epistolar. Ambas facetas (el periodista y el escritor denso) nos devuelven una figura compleja que rebasa, con mucho, la canonizada imagen del Owen como un artepurista alejado de todo proyecto nacional o revolucionario, tan proclive en algunos panteones de la historia literaria mexicana.

El trabajo de Cajero, con sus comentarios enriquecedores e iluminadores de los textos, muestra algo que tal vez pueda configurar, en próximos tiempos, una especie de biografía literaria-intelectual del poeta. Y aquí no me refiero al clásico trabajo de reconstrucción de “vida y obra del autor”, sino a un proyecto distinto que ya comienza a preverse; un proyecto donde la escritura y la experiencia (el texto y la vida) configuren algo que tal vez podríamos llamar una biografía del *ethos* artístico; con ello quizá podríamos acercarnos a la configuración del carácter de una poética donde vida y obra no sean vertientes paralelas sino un solo testimonio. El trabajo filológico, no me cabe la menor duda después de leer el trabajo de Cajero, podría hacerse cargo de eso.

SERGIO UGALDE QUINTANA  
Universidad Nacional Autónoma de México